



## REVISTA DE LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

Año I.

5 de Agosto de 1872.

Núm. 34.

### ERROR Y ESPIACION.

(Continuacion.)

—Corred á enteraros de lo que ocurre, le dijo á Luna que con él iba, y poneos al frente de vuestra compañía que está hoy de guardia.

Felipe IV, la reina que corrió enseguida á reunirse con él, las damas y todos los caballeros, se retiraron á palacio, excepto un grupo de curiosos que se quedó para enterarse.

—¿Qué ocurre?

—Un conato de regicidio.

—Y cómo?

—No se sabe.

—Aquí llega el baron. ¿Qué sabeis?

—Poca cosa, que por poco no volamos todos y el rey el primero.

—¿Qué decis?

—Digo que todos sabeis que bajo el piso del teatro hay unos sótanos, pues en esos sótanos habia depositados fraudulentamente nada menos que doce barriles de pólvora colocados formando pila en el sitio sobre el cual gravita el palco que ocupaba el rey. Como comprenderéis, la intencion del regicida era hacer volar el teatro y al rey el

primero de todos, pues se le ha cogido en el momento en que iba á pegar fuego á la mecha que ponía en comunicacion todos los barriles. Figuraos si no sucede así donde estaríamos á estas horas.

—¿Y se sabe quién es el criminal?

—No.

—Será algun agente de la Francia.

—No sabemos.

—O de Portugal.

—Pero pronto lo sabremos.

—Callad, parece que se acerca el piquete que le conduce á la prison.

—Cielos! qué veo, el marqués de Lichen.

Efectivamente. En medio de una doble fila de soldados caminaba el marqués sin espada ni sombrero, pero vistiendo aun el uniforme de coronel. D. Diego de Luna iba á su lado con la espada desnuda bajo el brazo. La mirada estraviada del marqués se volvía á uno y otro lado, sin fijarse en nada ni conocer á nadie.

—Desgraciado, lo comprendo, los celos le han hecho perder la razon.

—Lo pagará con la cabeza, dijo el baron, por mas que sea hijo del ministro.

Y aquel grupo de cortesanos continuó comentando el frustrado crimen del marqués, compaginándole con el desmayo de Blanca.

—Al fin nos hemos quedado sin comedia,

pero tenemos un drama sangriento en perspectiva, dijo uno de ellos.

—Esto dará mucho que hablar, repuso otro.

Efectivamente, al día siguiente no se hablaba de otra cosa en Madrid, que del gran peligro que había corrido el rey en una función teatral en el Buen Retiro, del que afortunadamente le había salvado un oficial de la guardia española.

## XVI.

*El delirio.*

Blanca había sido conducida en una litera desde el Buen Retiro hasta el palacio Sandoval. Su estado era verdaderamente grave, y aunque se aplicaron los remedios que prescribió el médico, continuaba la calentura acompañada de un gran delirio, lo cual ofrecía para todos muy pocas esperanzas de salvación.

La prisión del marqués de Lichen había circulado rápidamente por todo Madrid, así como la causa ó motivo por el que había sido preso. Afortunadamente para Blanca, su estado la libraba de apurar aquella nueva pena. No así D. Luis que al día siguiente, al pie del lecho de su hermana, hablaba así con Mendoza:

—¿Quién había de creer semejante atentado del marqués? Verdaderamente está loco.

—Compadecedle Sandoval, es mas desgraciado de lo que vos creéis.

—¿Le habeis visto?

—Está incomunicado.

—¿Y el duque?

—¡Ah! su padre muere de esta. Ha ido dos veces al Buen Retiro á ver al rey para echarse á sus pies, y el rey, á pretesto de que está enfermo y no puede hablar con nadie, se ha negado á recibirle. Calculad la aflicción del pobre anciano.

—Margarita, Margarita, murmuraba Blanca en su delirio, por tí me va á odiar el marqués, y yo sin su amor no podré vivir.

—Qué dice esta desdichada, dijo D. Luis con compasivo acento.

—Margarita, Margarita, tú sabes muy bien por qué el rey está tan obsequioso conmigo, prosiguió Blanca; el marqués tiene celos, dice que soy perjura..... que me abandona..... y yo le amo..... yo le amo mas que á mi vida..... Déjame hablar, déjame que se lo cuente todo, que le desengañe..... Margarita, hermana mia, tú no puedes exigirme el sacrificio de perderle para siempre, porque eso es igual que perder la vida..... Mira

que se vá, Margarita..... ¡Habla tú por Dios! No, no quiero que se marche..... va á morir..... y yo no lo quiero. Mi vida y cien vidas mas por la suya..... Dios mio Dios mio!

Y Blanca se agitaba en el lecho presa de fuerte convulsion. Mariana la cubria con los abrigos que ella rechazaba, pugnando por levantarse.

—Esas palabras, dijo D. Luis, Blanca.....

—Qué vais á hacer, dijo Mendoza conteniéndole por el brazo.

—Teneis razon, no puede darme esplicacion de ellas, y sin embargo, la duda empieza á apoderarse de mi corazon. ¿De qué infame intriga es víctima esa pobre niña?

—Y vos tambien.

—¿Qué decis?

—La verdad.

—Teneis pruebas?

—Completísimas y fehacientes.

—Y nada me habias dicho?

—Aun no era hora.

—¿Quiénes son los autores?

—Ya lo sabreis.

—Por Dios, Mendoza, no aumenteis mi impaciencia y mis dudas.

—Aquí nos encontramos mal, veis, vuestra esposa llega. ¿Quereis veniros á mi casa? Allí habiaremos con entera libertad.

—Vamos.

Y dirigiéndose á doña Margarita que acababa de entrar,

—Parto con D. Alvaro, no tardaré en volver. Vos mientras tanto, aquí quedais cuidando de mi hermana.

—Podeis partir tranquilo, no me separaré de su lado.

Y fué á sentarse á la cabecera del lecho de Blanca.

—Ola, dijo D. Luis llamando.

Un criado acudió.

—Que enganchen mi coche.

Cinco minutos despues el mismo criado se presentó y dijo:

—Cuando useñoría guste, el coche está enganchado.

—Vamos Mendoza.

—Adios señora, dijo este saludando á Doña Margarita, cuidad mucho á vuestra hermana, es la víctima propiciatoria de unos infames.

Las megillas de la de Guevara se cubrieron de un ligero carmin.

—¡Ah! D. Alvaro qué poco sabéis cuanto amo á Blanca. Mi vida daría ahora mismo por la suya.

—Quizá suceda lo contrario, dijo bajando un poco la voz.

—Sí, sí, Margarita, yo muero por tí, porque sin él no puedo vivir, decía Blanca delirando.

—¿Ois?

Sandoval estaba impaciente. Cogió á Mendoza por el brazo.

—Vamos, el tiempo apremia.

—Adios, señora, dijo Mendoza saludando á doña Margarita cuyos ojos estaban preñados de lágrimas.

Y salió con Sandoval.

Entretanto Blanca continuaba delirando, doña Margarita lloraba silenciosamente á la cabecera de su lecho.

## XVII.

### *Las verdaderas pruebas.*

El coche de D. Luis de Sandoval condujo á este y á D. Alvaro de Mendoza á casa del último.

Cuando estuvieron en ella, Mendoza dijo á su escudero Sebastian:

—Para nadie estoy en casa.

Y se encerró con Sandoval en su cámara.

—Comprendo vuestra impaciencia, le dijo, pero antes de mostraros las pruebas de la infame intriga, que hoy hace al marqués víctima de un error y á la pobre Blanca también, necesito enteraros de algunos antecedentes que ignorais.

Y Mendoza contó á Sandoval todo lo que saben ya nuestros lectores respecto á la vida de doña Inés de Olmedo, las relaciones de esta con el italiano Rolando, sus amores despues con el marqués, y finalmente la alianza de la viuda con D. Diego de Luna para vengarse del marqués haciéndole ver que el rey estaba en relaciones con Blanca.

—Y cómo habeis adquirido las pruebas de todo eso?

—Muy sencillamente. D. Pedro de Orozco es amigo mio y el alcalde de casa y corte á quien D. Luis de Haro ordenó instruyera un proceso secreto, en averiguacion del envenenamiento de D. Lope de Olmedo, de resultas de una denuncia de cierto escudero de este llamado Anselmo Gracian, apoyada en una declaracion escrita de su amo, que se la entregó en sus últimos momentos, para que hiciera de ella el uso que creyera oportuno.

—Y ese proceso.....

—Nos ha puesto en camino para describir la intriga tramada por la de Olmedo y Luna, y si bien no he podido evitar sus consecuencias, porque nunca pude presumir que el marqués en sus celos llegara á donde ha llegado, en cambio conozco á los crimi-

nales y sobre ellos haré que pese todo el rigor de la ley.

—Pero, y las pruebas?

—Vais á verlas. Es la correspondencia cruzada entre la de Olmedo y Luna, quienes sin duda para alejar sospechas evitan el verse y hablarse, comunicándose todo por escrito.

—Y cómo os habeis apoderado de ellas?

—Orozco pidió el auxilio del Santo Oficio, alegando recaian sospechas de heregía contra ellos dos. Con un familiar y algunos corchetes fui á casa de ambos, y como sabia donde guardaban los papeles, por declaracion de Rolando, no me costó gran trabajo apoderarme de tan importantes documentos, aprovechando la ocasion en que doña Inés y D. Diego se encontraban en la fiesta del Buen Retiro. El familiar á quien enteré de lo que se trataba, me permitió recoger las cartas, sellando enseguida los muebles que las contenian.

—Y ellas contienen ...

—Lo que nunca os hubiera revelado á no ocurrir lo que deploro con toda mi alma.

—Veámoslas, que me haceis sufrir.

Mendoza fué á una mesa, abrió un cajon y sacó dos paquetes que contendrian en junto unas veinte cartas.

—Es preciso comprender por qué ni Luna ni la de Olmedo han destruido estos papeles, que tanto les comprometen. Era en ellos la desconfianza mútua, para que no quisieran asegurar la impunidad del mal que proyectaban hacer, y en parte han hecho ya. Leedlas, pero os suplico que mireis con sangre fria la situacion en que os encontrais colocado, de la que en parte teneis vos la culpa. Por grave que ella sea, no lo es tanto como la del marqués, al que espero de vuestra caballerosidad me ayudareis á salvarle del grave trance que le amenaza.

Sandoval empleó una media hora en leer aquellos papeles, y durante su lectura palideció horriblemente, y sus puños se crisparon varias veces con rabia.

—Qué horrible maldad, dijo estrujando los papeles; Margarita enamorada de Felipe IV! me parece que soy presa de una pesadilla. Y esa mujer infame que se llamaba su amiga, alimentando su criminal pasion, deshonorando al propio tiempo á mi hermana y empujando al marqués por medio de los celos á que, olvidándose de lo que se debe á sí mismo, descendiera hasta el regicidio. Mendoza, no podeis figuraros cuánto os agradezco la prueba de amistad que acabais de darme. Disponed de mí como un amigo, como un hermano. Teneis razon,

debemos salvar al marqués. Su amor por Blanca le ha precipitado en un abismo, en el fondo del cual solo encontrará sin nuestro auxilio la muerte y el deshonor. Decid ¿qué debemos hacer?

—Ver al rey: Felipe es bueno, es magnánimo, y cuando se entere de todo perdonará al marqués, mas digno de su compasion que de su justicia.

—Y si sabe que yo me he enterado de estos papeles?

—No lo sabrá. Se los presentaré solo; mientras tanto vuestro tío el cardenal que una sus ruegos á los míos. Al fin y al cabo el marqués iba á ser su sobrino.

—Apruebo vuestro plan y corro á interesar á mi tío, para que pida al rey el perdon del marqués. Vos á palacio enseguida.

—Sandoval vuelvo á recomendaros la prudencia. Si vuestra esposa en un momento de alucinacion ha podido sentir en su alma amor por otro hombre, podeis estar tranquilo, vuestro tálamo no ha sido manchado por el adulterio. Margarita está pura.

—Sí, pero Margarita no puede pertenecer á otro hombre, solo á Dios. En un claustro acabará su vida.

—Calma, calma amigo mio, esas nubecillas en el matrimonio son pasajeras.

—Nunca la perdonaré.

—No echeis en olvido tampoco la salud de Blanca.

—Pobre hermana mia. Su razon no volverá á recobrar su imperio. La impresion que le han producido tan encontrados afectos, la vá á causar la locura. Ese es el pronóstico del doctor.

—¡Desdichada!

—El tiempo vuela, Mendoza, corramos á salvar al marqués.

—Teneis razon, vamos.

Sandoval y Mendoza subieron de nuevo al coche, que dejó al último en el mismo palacio del Buen Retiro.

Cuando Mendoza entró en la antecámara real, el conde de Castrillo esperaba en ella, llamado por el rey.

—Y bien, señor conde, qué hay de nuevo?

—Ola, señor de Mendoza, vos por aquí.

—Qué os estraña, cuando sabeis lo que pasa.

—Cierto que lo sé, y lo siento en el alma. Ese pobre de D. Luis de Haro ha conseguido al fin que el rey le recibiera, y en este momento está en la real cámara.

—El rey ha recibido á D. Luis y yo vengo á ver á S. M. por el mismo asunto.

—Tambien hago cuenta de tocar ese punto, si le encuentro en buena disposicion. Al

fin y al cabo no tiene nada que ver que ese desventurado marqués sea hijo de mi antagonista político.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Se continuará).

## AL MAR.

Cada vez que contempla mi mirada  
Tus olas agitadas por los vientos,  
No sé que multitud de pensamientos  
Se agolpan á mi mente acalorada.  
No se por qué tambien cuando te miro  
En apacible calma,  
Un suspiro se escapa de mi alma,  
Y tus brisas desacen mi suspiro.  
Es ¡ay! que a caso al verte,  
Recuerdo con anhelo,  
Que arrebatada de mi patrio suelo  
A tus costas me arrojó la suerte;  
Y en ellas el olvido,  
Borrar de mi memoria no ha podido  
Las primeras risueñas impresiones  
Del sitio aquel donde mi infancia ha sido,  
Donde viví de alegres ilusiones,  
Donde mi dicha está, donde he nacido.  
Tu inmensidad sin límites me admira,  
Tus brisas, ¡oh Mar! que revoltosas giran  
Mi ardiente sien con su frescura orea,  
Mi vista al contemplarte se recrea,  
Pero mi triste corazon suspira.  
Mil veces cuando el sol en occidente  
Con misteriosos resplandores brilla,  
Antes de hundir su luminosa frente,  
Miraba yo en tu orilla,  
La rápida barquilla  
Que tus aguas surcaba indiferente.  
Y en breve se alejaba,  
Y apenas ya su vela  
Mi vista en lontananza divisaba  
Cual pájaro que vuela  
En el aire perdido,  
En busca de su hogar y de su nido.  
Luego, cuando pálida y serena,  
En el lejano Oriente  
Se alzaba con belleza sorprendente,  
Rica de magestad, la luna llena,  
Absorta contemplaba  
Como en tu inmensidad se reflejaba  
Su pálido semblante,  
Y tambien su clara lumbre rutilante

En tus aguas rielaba  
 Mil chispas despidiendo cual rico diamante.  
 ¡Oh! cuántas, cuántas veces,  
 En tu áspera costa recostada  
 Miraba yo estasiada  
 Surcar tus aguas los enormes peces  
 Que entre tus olas de esmeralda meces.  
 Y el ave que á lo lejos,  
 Del espacio en los senos se perdía,  
 Y del sol magestuoso que moría  
 Brillar en tí los últimos reflejos.  
 Entonces ¡ay! de dulce poesía  
 Inundábase ¡oh mar! mi joven alma,  
 Tus varios movimientos contemplando,  
 Ya al verte en grata y apacible calma,  
 Ya tus sordas brorascas admirando,  
 Mas hoy que siento en mi agitado pecho  
 Dolores rebotando y amarguras  
 Ahogarse en hiel el corazón desecho,  
 No encuentro en tu espléndida hermosura  
 Ni en tu fecundo encanto  
 Alivio alguno á mi mortal quebranto.  
 Y en la lucha sin término, maldita,  
 En que mi pecho sin cesar se agita  
 No halla jamás á su dolor un eco,  
 Mi corazón en su infortunio seco.  
 Sigue, pues, mar, tus olas altaneras  
 Sin descanso agitando;  
 Yo ya no vagaré por tus riberas,  
 Mentido alivio á mi dolor buscando.  
 Mas fervido consuelo,  
 En mi afán incesante codiciando  
 Para calmar mi anhelo,  
 Tus breves emociones olvidando.  
 Hoy mi mirada la dirijo al cielo,  
 Allí está la esperanza,  
 La dicha de las almas sin ventura,  
 Y allí tan solo en celestial bonanza  
 La humana criatura,  
 Tras esta triste vida de amargura,  
 El sumo bien á recoger alcanza.

ELENA CERRADA.

## LA MUJER Y LAS FLORES.

(Continuacion.)

XXII.

LA SALVIA.

El azaroso viaje que se llama vida, cuyo principio es la cuna y la tumba su término,

está sembrado de todo linaje de contrariedades, tiene múltiples amarguras en su tránsito; apura la copa de las decepciones mas que el néctar de la felicidad. Cada minuto de nuestra deleznable existencia, representa un raudal de lágrimas que ahogan en el corazón los sentimientos mas tiernos, cuando no las enjugan con sus apasionados besos los labios de la muger. Si para los males físicos se han encontrado en la naturaleza abundantes recursos para combatirlos, los del alma solo á la muger le es dable conseguirlo, por eso ha sido puesta en la tierra para consuelo del hombre. Cumpla, pues, su misión y merecerá los elogios que se han grangeado esos seres del reino vegetal que dan la salud al cuerpo, con los cuales hay homogeneidad tan notable, que bien se comprende la delicadeza de ambos.

¿Quién no ha oído hablar de Venecia? Cuál de mis lectoras no conocerá la poética descripción que Chateaubriand hace de la ciudad de las lagunas? Pues en ella tuvo lugar la escena que vamos á referirles.

En la terraza de un pequeño palacio, cuyos muros lamian silenciosos las verdes aguas del Adriático, al caer la tarde de un caluroso día de verano, se veían dos personas de diferentes sexos, aunque de una misma edad, que escasamente llegaría á los cinco lustros. El, era un joven pálido, de triste mirada, de simpáticas facciones. Ella, era el verdadero tipo de la veneciana, de ojos negros y rasgados, tez morena y sonrosada, labios rojos como la flor del granado, dientes de alabastina blanca, morbido seno, figura airosa y por demás interesante. El tenia impreso en su rostro el sello de la tristeza; la esperanza animaba el de ella. El no hablaba, solo sonreía de cuando en cuando de una manera melancólica. Ella, fijos en él sus ojos impregnados de amor, sentada á los pies de su sillón, pulsaba suavemente una bandolina, y modulaba una canción de amores. A simple vista se comprendía que aquella muger quería devolver la alegría al corazón de aquel hombre, abrumado, al parecer, por hondos pesares.

En la galería de otro palacio inmediato, que dominaba la terraza en que se encontraban los dos jóvenes, un anciano de plateada melena y calva frente, los contemplaba con interés y compasión.

—Pobre joven, murmuraba, cuán digna eres de que el cielo recompense tu ternura, concediéndote lo que con tanto afán deseas.

Un joven de bizarro continente salió á la galería, y se colocó al lado del anciano.

—Qué haceis maestro?

—Ya lo ves, contestó el anciano, meditaba ante el espectáculo que á la vista tenemos.

Y señaló á los jóvenes de la terraza.

—¿Y quiénes son esos?

—¿Que quiénes son? Un jóven de nombre ilustre, á quien una hipocondria inveterada está empujando velozmente al sepulcro. Una bella niña cuya hermosura atesora cualidades de tanto precio, que todo el oro reunido de Venecia no serian bastante á pagarlas. Tres meses hace que la veo disputando á la muerte su presa, prodigando las mas puras y apasionadas caricias á ese jóven, que constituye su existencia, combatiendo su tristeza con las melodias que brotan de la bandolina pulsada por sus finos dedos; despertando en su memoria otra serie de ideas, con el dulce canto que de sus lábios sale. Esa jóven es la personificación de la planta, cuyos saludables efectos estoy experimentando. Por eso la miro con tanto cariño.

—Pero, quiénes son?

—El hijo de Ticiano y Beatriz Donato.

—¿Como! ¿Será cierto lo que decís?

—Sí.

—Entonces no me estraña vuestra admiración, sabio maestro mio. Las virtudes de Beatriz encomiadas por todos los habitantes de Venecia, bien merecen que se la compare á la *Salvia*, con cuyo eficaz auxilio salvaremos la existencia del dux mi padre, que tanto me interesa. El Doctor Gasparini habrá prestado con ello á la ciencia y á la república, un servicio que no tendrá precio.

—Con la ayuda de Dios espero conseguirlo, así como confío que Beatriz Donato se identificará con esa planta preciosa para salvar al hijo de Ticiano.

Los vaticinios del Doctor Gasparini, se cumplieron. Beatriz salvó á su amado con sus esquisitos cuidados y su amor. La *Salvia* devolvió la salud al dux de Venecia, y la tranquilidad á su amante hijo. El nombre de Gasparini pasó á la posteridad como el de un célebre médico y botánico.

La *Salvia* es el octavo género de la familia de las *Labiadas*. Comprende mas de cien especies, aunque las mas importantes y conocidas solo son ocho, que no enumeraremos por no confundir con su nomenclatura á nuestras lectoras. Sus virtudes estimulantes y estomacales, conocidas de todo el mundo, la hacen que su empleo sea bastante frecuente en los remedios caseros ó domésticos. Tambien tiene otras aplicaciones. De ella se extrae un aceite volátil; sus hojas se fuman en lugar de tabaco; los ingleses confeccionan tortas en cuya masa entran las hojas de la *Salvia*; en Alemania la suelen usar para pre-

parar la cerveza en lugar del lupulo. Con hojas de esta planta y de Saucó en infusion en vino del Rhin, componen un moscatel artificial, que bien puede competir en algunas ocasiones con el verdadero. Finalmente, en Austria se usa como condimento, preparándose con ella jaleas de todas clases de frutas, á las que comunica el delicioso olor de las ánanas.

### XXIII.

#### LA VALERIANA.

El infortunio es el patrimonio de todas las clases. Lo mismo el hijo del pueblo que el que se sienta bajo regio dosel, suelen ser blanco de un destino adverso á su envidiada felicidad. Ninguna situacion de bienandanza es permanente, ni en la tierra se logra nunca dicha completa. La ley de la compensacion con que la Providencia favorece á los que no distingue la fortuna con sus dones, es un lenitivo á los sinsabores que agobian al desgraciado, cuando la opulencia y el fausto del poderoso parece que escarnezan su desvalimiento y su pobreza. Tener esto presente conviene, y así la virtud de la resignacion es mas hacadera. Entremos en materia.

Figuraos un jóven monarca, poseedor de uno de los primeros tronos de Europa á fines del siglo XIV. Convengamos en que ese reino sea Francia, y en que su rey se llamaba Carlos VI. Aparentemente este príncipe fué uno de los seres mas felices de la tierra, pero realmente no hubo tampoco otro mas desgraciado. Esposo de la célebre Isabel de Baviera, cuya hermosura era tan grande como su perversidad, sufrió en su vida matrimonial disgustos sin cuento, con los muchos adulterios con que aquella manchó su tálamo. A las intrigas, crímenes y depravaciones de que era teatro su córte, se tuvo que añadir un accidente misterioso, ocurrido en el bosque de Mans, y quizá premeditado por los que deseaban apoderarse del gobierno que Carlos egercia como rey. El resultado fué, que el esposo de Isabel de Baviera fué declarado loco, aunque su demencia, que era periodica, fué segun autorizadas opiniones, esa terrible enfermedad que se llama epilepsia. Nombrados regentes para el reino, Carlos fué relegado al olvido, y pasaba su vida en el retirado palacio de San Pablo, al lado de Oleta de Champdivers, que Isabel eligió para que entretuviese á su esposo y á ella le proporcionara mas libertad en sus galantes devaneos. Entre ambas mugeres, apesar de la diferencia de clases, pues la de Oleta era muy humilde, no puede establecerse un pa-

rangon sin que las faltas, y aun diremos los crímenes de Isabel, resalten en gran manera, imprimiendo mayor brillo á las recomendables circunstancias que distinguian á la hija del chalan. (1) Mientras Isabel gozaba en festines, bailes y cacerias, Odeta ocupando su puesto de enfermera al lado del infortunado Carlos, le distraia con juegos de su invencion, (2) á los que logró aficionarle en tales términos, que el rey pasaba todo el dia jugando con ella, con sus pages y hasta con su médico. Era este Nicolás Amelot, que ha dejado unas memorias de aquel tiempo, sumamente curiosas para los que deseen profundizar las misteriosas escenas de que suelen ser teatro las mansiones reales. Relativo á la locura de Carlos VI, dice en una de sus páginas.—«La locura periódica del rey llegó á no ser tan frecuente, y hasta se pasaron semanas y meses sin que tuviera ningun acceso. Una muger y una planta han hecho esta curacion que todos creian imposible. La muger, es Odeta; la planta, la *Valeriana*.»—

Efectivamente, la *Valeriana*, primer género de la familia de las *Valerianaceas*, es una planta conocida ya desde la mas remota antigüedad. Por mucho tiempo se la ha considerado como eficaz remedio contra la epilepsia, de cuya enfermedad, y con su uso, afirman algunos escritores se curó Fabio Colona, señor napolitano y distinguido botánico, que vivió en el siglo XVI. Tambien se cuenta, que con el mismo remedio, un célebre médico de Roma, curó á un pescador que tenia dos y tres ataques diarios. La verdad es que la *Valeriana* está muy recomendada para todas las afecciones nerviosas, y particularmente, para las que se localizan en la cabeza y son conocidas con el nombre vulgar de jaquecas.

La *Valeriana* cuenta muchas especies, pero las principales son: la *ofcinal* ó *silvestre*; *doica* ó *menor*; *mayor* ó *de jardín*; *pirenaica* ó *de los Pirineos* y *céltica* ó *de montaña*. Esta planta se cria en la Europa central, especialmente en la region del Mediterráneo.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)

(1) Odeta de Champdivers, que en hermosura podia competir con Isabel de Baviera, fué efectivamente hija de un tratante en caballos.

(2) Atribúyese á Odeta, con algun fundamento, la invencion de los naipes, de ahí que, en estampas y grabados, se la representa siempre jugando á cartas con el rey, ó dirigiendo su juego.

## DESENGAÑO.

Á C...

Al pasar ayer mañana  
Por tu gótica ventana  
Asomada no te ví,  
Y tan duro desengaño  
En mi pecho causó un daño  
Que jamás pensé sentir.

En los vidrios de colores  
De tu estancia, sus fulgores  
Reflejaba el limpio sol,  
Pero mas que sus destellos  
Tus ondulantes cabellos  
Ver ansiaba el corazon.

Y tú en tanto adormecida  
Por los ensueños mecida  
Libertad dando al magin,  
Forjaríaste esperanzas  
De placer y de bonanzas  
Sin acordarte de mí.

¿Qué se hicieron las promesas  
Que en el alma guardo impresas  
Indicios de tu pasion?  
Lo que tus ojos de cielo  
Me decian con anhelo,  
¿Dó encontrarlo podré yo?....

Nécio el hombre que se fia  
En juramentos que un dia  
Profiriera una muger,  
Que son goces de momento  
Pues al llevarlos el viento  
Dejan tan solo el desden.

ANTONIO CIRUJEDA RUIZ.

## RECUERDOS DE GLORIA.

IX.

*La batalla de Simancas.*

(Dia 6 de Agosto de 939.)

Desde que en Guadalete rodó por tierra la corona del godó D. Rodrigo, la dominación árabe habia tomado tal incremento que las mejores ciudades de España estaban en poder de los sectarios de Mahoma, los cuales habian establecido el califato en Córdoba, alguna de cuyas dinastias adquirió una envidiable celebridad.

No era posible, sin embargo, que los españoles se dejaran dominar por otro pueblo tan contrario á ellos en religion y en costumbres, de ahí que, aunque reducidos á poseer la menor parte del territorio ibérico, no vacilaron en continuar la guerra de reconquista que el valeroso Pelayo inauguró en Covadonga. Los sucesores de aquel rey, insiguiendo su ejemplo, estuvieron en perpétua lucha con los árabes, la que á pesar de sus insignificantes resultados en su principio, sirvió para mantener el espíritu de independencia que animaba á los españoles.

Era rey de Leon en el segundo tercio del siglo X, D. Ramiro II, quien imitando al primero de su nombre, que conquistó en Clavijo lauro inmortal, hacía sus aprestos para salir contra los moros de Córdoba, los mas poderosos al par que los mas civilizados de la península. Pero Abderramen III que era á la sazón el califa, á mas de ser de ánimo emprendedor y esforzado, tenia como principal wali de sus tropas, al valeroso Almanzor Alhabib. Contando con este y con un numeroso ejército que recibió de Africa, reunió ciento cincuenta mil peones y cincuenta mil caballos, con los que salió á campaña seguro de exterminar á los cristianos y adquirir el completo dominio de la nacion. Marchó en derechura hácia el reino de Leon, y puso su campo sobre la villa de Simancas, primera plaza fuerte de dicho reino, situada á dos leguas de Valladolid, en la confluencia del Duero y el Pisuerga. Aunque Simancas por su situacion y fortificaciones era casi inespugnable, para un ejército como el de Abderramen tan numeroso, no era posible que resistiera mucho tiempo. En tan grave peligro el animoso y constante D. Ramiro, puesta su esperanza en Dios, reunió todas sus tropas, que escasamente sumarian la tercera parte del ejército mahometano, y corrió en auxilio de la sitiada villa. Llegado á vista del enemigo, el dia 6 de Agosto, que la Iglesia celebra á los santos mártires Justo y Pastor, presentó batalla, á pesar de su inferioridad. Duró la pelea casi todo el dia, con pequeños intervalos, hasta que al caer la tarde, rotos y desbaratados los moros por los cristianos, se retiraron dejando en poder de estos su real y un numeroso y rico botin. Persiguióles el rey de Leon hasta mas allá de Salamanca, en una villa llamada Alhondiga en la ribera del Tormes, donde Abderramen mal herido en la batalla y huyendo á uña de caballo, se habia refugiado con los restos de su grande ejército. De aquel punto tomó precipitadamente la retirada, sin parar hasta Córdoba.

Segun los historiadores árabes que llaman á la batalla de Simancas la del Barranco, murieron en ella ochenta mil moros, quedando cautivos sobre diez mil, entre ellos Aben-Ayá rey de Zaragoza. De los cristianos no se dice el número, pero es de presumir serian mucho menos, porque tambien su ejército era menor.

Esta victoria con razon es calificada de una de las mayores batallas que en el viejo continente se han librado. La vocinglera trompeta de la fama la ha pregonado por todos los ámbitos de la tierra. En algunos países, hasta se la ha considerado como fabulosa. No lo es, sin embargo, porque son muchísimos los historiadores que la confirman, y testimonios de ella se encuentran todavia en antiguos cronicones, y particularmente en la Crónica de Sampiro, escritor coetáneo y obispo que fué de Astorga. Tenemos, pues, un legitimo derecho para aumentar la corona de nuestras glorias con este florón de tan inapreciable valor.

F.

### MOVIMIENTO LITERARIO.

El infatigable y activo editor madrileño D. Franciscó Perezagua ha publicado el segundo tomo de su biblioteca de novelas humorísticas.

La que acaba de dar á luz, y que ha tenido la amabilidad de remitirnos, se titula *El club de los solteros*, original de D. Federico Moja y Bolivar, en cuyas páginas encontrará el lector el agradable pasatiempo necesario en viajes y estaciones campestres.

No hemos tenido aun tiempo de leer dicha novela, y por la ligera ojeada que le hemos dado, decimos que el Sr. Moja, cuyo nombre nos era desconocido, sirve perfectamente para el género que ha adoptado.

En cuanto á la parte material, el editor está ya acreditado para con el público, que con sobrada razon favorece sus publicaciones tan económicas en su precio como esmeradas en las condiciones tipográficas. *El club de los solteros*, que recomendamos á nuestros lectores, lleva una lámina de los conocidos artistas Sres. Pellicer y Capuz.

F.